

EN EL AIRE...

sellera RUSSELL

muerte de Fernando el Católico, enmudeciendo luego para siempre. Otras veces, las singulariza la gracia, como a esas, tan livianas que el viento las mueve, de los templos chinos: o las que rematan las pagodas de la India, frágiles, que suenan como cristales; o las enormes sin badajo, que responden a la percusión sobre la gran corola, con acento bronco e intimidante, como la de la pagoda de Rangoun. Hay ciudades que parecen exhibirlas como un adorno, como Florencia. En otras, encarnan una tradición histórica, como el Big Ben de Westminster, en Londres. No es necesario haber ido a la ciudad del Támesis para saber cómo suena el reloj famoso, cuyos compases reproducen muchos relojes en el mundo: en nuestro propio escritorio, lo escuchamos escandir el tiempo, cada cuarto de hora, en uno que hace años nos acompaña. Se le oye directamente por el micrófono de la B. B. C., que ha universalizado sus campanadas centenarias, ajustadas a la melodía de un conocido himno inglés. Y la campana mayor —la que le da nombre pues es la llamada "Big Ben"—, y las cuatro campanas menores constituyen un emblema sentimental querido para un pueblo tan apegado a las veneraciones como el británico.

Campanas en el aire, música en el aire, sonoridades, advertencia, ritmo de las horas, cadencia del tiempo, campanas madrugadoras de las iglesias, campanitas humildes de aldea, las que exalta Schiller en su balada, las funerales de Poe, que inspiraron a Chocano, las que dilatan sus ecos en el cuenco de valles olvidados, uniéndose a ellas el tintín eglogico de las esquirlas del ganado, campanas cuyas voces se propagan en el viento y llevan a lo lejos el lenguaje de embrujador ensalmo, capaz de inventar una estampa semi real, de onírico contorno, que desmaterializa el borde concreto de las cosas. Viñeta resonante y arcaica... ¡en cuántas páginas reminiscencias hallamos alusiones a la bruja salmodia que habla en susurros a la fantasía! El escenario que no conocemos, lo imaginamos fácilmente: un sendero liso que podría recorrer Capercucita sin temor del Lobo; a lo lejos una choza cuya chimenea humeante dice de hogar y de tibieza; una majada cándida, una pastora con zuecos, un cielo de porcelana azul: hora, la del amanecer o la del crepúsculo y por encima, planeando como alas abiertas, el teñir monótono que brota, como de un surtidor, del inocente y místico campanario campesino. Y se respira sólo paz de pensarlo. Debe existir en algún rincón del mundo.

En su "Autobiografía de Madrid", apasionante como una novela de aventuras y confidencias, Sainz de Robles enumera las familiares campanas madrileñas: "Sí, aun me gustaba mucho más que la literatura y que el arte el rumor de unas campanas distantes removidas, sabiéndolas reconocer. Las roncadas y "oficiales" del Salvador. Las tartamudeantes de San Martín. Las suavísimas de las dominicas. Las lunáticas de Santiago. Las de San Juan, que siempre tenían prisa por ir a todas partes. Las de San Ginés, que siempre sonaban rezagadas por quedarse nadie sabía dónde.

Las de Santa Clara, que eran las campanas que ponían la coma, el punto, la admiración y el paréntesis a los pensamientos".

Individualizadas como seres vivos, con nombres propios, criaturas del sonido, cuerpos de metal y gargantas de música, las campanas se asocian a las aves, se abren sus ecos como un pájaro en vuelo, y atraviesan los aires diluídas en arpegios.

Una mañana en la Universidad de Puerto Rico, nos despertó un concierto inusitado, una oleada de música que surcaba el cielo más azul que conocemos, que vibraba en la luminosa intensidad del día, que se ensanchaba en círculos, en ondas, en raudales, presencia sutil, invasora, que nos robaba el alma embaída en un gozoso arrobamiento: era el carillón de la Torre universitaria, carillón traído de Brujas, que se derrochaba en cascadas jubilosas bajo la bóveda diáfana, tan distinta de los nórdicos cielos de donde procede. Caminan los estudiantes en dirección a las aulas, con la cabeza bañada de música. Todo el campus se vuelve sonoro mientras las campanas voltean su maravilla, echadas a vuelo, y no dejan sitio a las melancolias. Esas cerrazones del espíritu están bien en ciudades viejas, en climas propicios para relatos de aparecidos, en comarcas sin edad donde el mismo júbilo viste sayales de niebla. Esas con sabor arcaico que describe Valle-Inclán en sus libros, en los que siempre hay dobles de campanas con nombres primitivos, que levantan, ellos mismos, como bandadas de palomas, vibraciones extrañas y sugestivas: "En el fondo del valle seguía sonando el repique, alegre, bautismal, campesino, de aquellas viejas campanas que de noche, a la luz de la luna, contemplan el vuelo de brujas y de trasgos. ¡Las viejas campanas que cantan de día, a la luz del sol, las glorias celestiales! ¡Campanas de San Berisimo y de Céltigos! ¡Campanas de San Gundián y de Brandesco! ¡Campanas de Gondomar y de Lestrove!...".

Y a la distancia parece erigirse un campanario fantasma en el que repican, eternas, las campanas sin tiempo.

Claraboya

LA IMPUNIDAD LITERARIA

Por Raúl ANDRADE

Como "lectura para convelescentes" calificaba Eca de Quiroz a ese género literario, caballeresco y vital, que cultivara Dumas sin dejar su secreto a la posteridad. Intriga amorosa, caballería andante, pasamanería romántica, concluían su obra sobre un fondo histórico animado y vivo. ¿Quién no ha llorado, como el propio Dumas, la muerte de Porthos? ¿Quién no ha imaginado encontrar el tesoro de Montecristo para dar rienda suelta a sus pasiones de amor y justiciera venganza? Cómo era grato leer, entre las sábanas, a la velada luz del dormitorio de convelescente, esas novelas caudalosas, excitantes y sorprendidas en las que, además, se aspiraba con delicia el aroma de la cocina de Francia exaltado por viejo vino de Borgoña. Se veían flotar, en una lejanía imaginaria, las capas rojas de los mosqueteros del rey, y la vida, un poco ausente recobraba la sangre nueva, se distendían los músculos y un suave gusto de fresas tempranas ganaba el paladar y alejaba el amargo sabor de los remedios. No dejó Dumas continuadores: un lapso de fascinadora aventura literaria murió con él. Galdós, en los "Episodios", rejuvenece y asimila la fórmula, le da más calidad y entraña, pero el arte de forjar personajes y dotarlos de brío hasta dejarlos de carne y hueso, fue un secreto intrasferible de Dumas.

Luego en la era de los ferrocarriles, nació un género literario para uso de viajeros y trashumantes poco exigentes. En cada quiosco de estación ferroviaria de España, Francia e Italia, atraen las cubiertas terrificas de las novelas de Simenon, Agatha Christie un poco menos Conan Doyle, Leroux y Maurice Leblanc, ya marchitos y de tiempo pasado. El pasajero adquiere la última obra de intriga, la lee y desenvuelve, termina por abandonarla en el asiento en cuanto arriba a su destino. Cuántas lecturas inconclusas han quedado en sus páginas entreabiertas, desengañadas, cortadas por el bostezo final. Sin embargo, las prensas vomitan cada día millares de volúmenes destinados a la insaciable voracidad del público en pos de estremecimientos pasajeros, ávido de la sangre escurrida por sus páginas, ansioso de descifrar el jeroglífico planteado como macabra adivinanza. Rara vez los protagonistas de ese género literario cobran vigor y subsiten más allá de su existencia entrecortada y temporal. Ninguno alcanza la doble vida de Sherlock Holmes, de Arsénio Lupin, de Rouletabille que, por parte de sus creadores se ha conformado hasta casi codearse con ellos ya en las estrechas callejuelas que desembocan en el Támesis, ya en los hoteles de pasaje en los balnearios, ya en los rincones tenebrosos de los castillos abandonados y ruidosos.

Este arte de la ficción sacudida por el escalofrío, que habita y estremece en las novelas para leer en un vagón de ferrocarril, ha perecido, sobrepasado por el arte vivido del hecho diverso, de la crónica policial, del crimen y la violencia ejecutados como una pavorosa "bella arte" desconocida que ni la imaginación calenturienta de los folletistas pudiera suponer. Antes, podía viajarse teniendo a Rouletabille de contertulio: ahora lo ha suplantado el delincuente desconocido y potencial, que toma el tren en una estación y desembarca en la otra, sombría y desierta, dejando al pasajero la tarea de descubrir la misteriosa maraña del delito verídico.

Cuando se lee que la folletinista impune Agatha Christie, octogenaria, contempla retirarse de su tarea cumplida —ochenta folletones de crímenes ejecutados a sangre fría y a la luz de la lámpara de su estudio— una sensación de alivio invade y un suspiro de satisfacción escapa. No más literatura, al fin, para uso de pasajeros estremecidos. La realidad ha superado a la ficción con el elenco innumerable de asesinos que han escapado de sus páginas, y hecho del crimen como anhelaba el extravagante Tomás de Quincey, una de las bellas artes en boga. Qué irrealizable vacío el que dejara Dumas al llevarse con él, hacia la muerte, aquella prodigiosa colección de soldados de plomo y figurines de época, a los que diera movimiento, dotara de pasión y color y fuera emplazando en el recuerdo, como en una vitrina de imágenes inmortales.

Autora más popular de novelas policíacas

AGHATA CHRISTIE: 80

AÑOS, 80 LIBROS

Por Elvira MARTIN

Agatha Christie es, desde hace medio siglo, la autora más popular de novelas policíacas. Tiene 350 millones de lectores en todo el mundo, pero se sabe muy poco de su vida privada porque detesta la publicidad. Sólo cuando el 15 de septiembre último celebró su 80 cumpleaños se ha decidido a hacer algunas confidencias.

Vive, con su segundo esposo, Max Mallowan, en la vieja casa de Devonshire donde nació en 1890. Su vida es feliz como esposa y como madre. "Mi hija Rosalind (habida de su primer matrimonio) está casada con Pritchard. Es la muchacha más inteligente que conozco. Es la única persona a quien permito leer mis novelas antes de estar publicadas. Tiene un solo defecto, no sabe educar a su hijo Mathew, pero quizá es mi culpa si es un poco perezoso. En el 52, cuando tenía 12 años, le regalé los derechos de mi comedia "Trampa para ratones" con la que ha ganado más de 250.000 dólares, lo que le permite vivir de rentas".

"Sé que mis libros tienen poca importancia; sólo he tratado de entretener, nunca tuve ambiciones mayores".

Agatha Miller, su nombre de nacimiento (Christie es el apellido de su primer esposo), es una anciana de rostro dulce coronado por cabellos plateados; pero sus ojos azules que observan atentos e irónicos tricionan su verdadera personalidad, la de una persona que ha hecho asesinar a más de 300 personas... casi siempre dulcemente, porque ella odia la violencia característica de los autores de hoy.

"Mi padre era americano. Su actividad más fatigosa era echarse de beber. Mi madre era inglesa cien por cien y además noble. No concebía que hubiera escuelas públicas ni que se educaran juntos los jóvenes de todas las clases sociales. Mi padre puso a mis hermanos en la escuela pública, pero ella se opuso desesperadamente cuando me tocó a mí, y mi padre cedió. Estudié en casa con un preceptor, al estilo antiguo. Pero me fue bien así. He aprendido lo que me gustaba y he tenido una enorme ventaja: mucho tiempo libre, a mi disposición. Como mi casa estaba aislada tenía que jugar sola, pronto me aburría y pasaba mucho tiempo en la biblioteca leyendo novelas de Jane Austin, las hermanas Bronte, Dickens, Conan Doyle... Este con su Sherlock Holmes, ha influido en parte mi formación de escritora, pero igualmente las Bronte con la atmósfera tenebrosa de sus relatos.

"Empecé a escribir muy pronto cosas terribles: historias de violencia, estupro, incesto...; tenía que esconder todo esto de mi madre. Pero mi sueño era llegar a ser concertista de piano o cantante lírica. Tenía algunas dotes y mamá me mandó a perfeccionarme en París. Habría sido una artista discreta, pero era demasiado tímida. Por eso tuve que resignarme a imaginar asesinatos sobre las páginas de un cuaderno.

"Durante la Primera Guerra Mundial estaba casada con Archibald Christie, mayor de aeronáutica, y para ayudar ingresé en la Cruz Roja. Por mi timidez me sacaron del contacto con el público y me pusieron a cargo de la distribución de medicamentos. Allí me informé sobre los venenos. Y escribí una novela donde la gente moría envenenada. Fue difícil encontrar editor, pero finalmente se publicó y gané 25 libras esterlinas con "El misterioso asunto de Styles".

Este primer volumen señaló también la creación de su famoso detective Hércules Poirot, un belga.

"Yo nunca había estado en Bélgica pero había en Inglaterra muchos refugiados de ese país. Me inspiré en uno de ellos, un tipo bajo, obeso, de mediana edad, grandes bigotes, cabeza en forma de huevo... y una gran inteligencia siempre en acción". Al primero siguieron otros libros y vino el éxito. Pero después de 12 años de matrimonio Agatha sufrió el disgusto mayor de su vida en 1926. Su marido le comunicó friamente que amaba a otra mujer y quería divorciarse. Ella estaba profundamente enamorada, y el dolor la trastornó. Huyó de la casa y su automóvil fue encontrado, vacío al borde de Silent Pool, sobre una escollera con las ruedas anteriores suspendidas sobre el vacío. Los grandes titulares de los periódicos preguntaban: "¿Suicidio o crimen?". Dos semanas después el propietario de un pequeño motel avisó a la policía: una de sus clientes se parecía mucho a la escritora desaparecida.

Agatha había perdido totalmente la memoria. No se sabe cómo llegó a aquel motel donde se inscribió como Theresa Neele, de Africa del Sur. Participaba en la vida común de los huéspedes, había tocado y cantado en una fiesta de beneficencia y discutía con interés las noticias sobre la desaparición de Agatha Christie... Cuando la policía vino a buscarla, quedó muy sorprendida. No reconoció al marido ni a la hija. Necesitó algunos meses para volver a la normalidad. Después se divorció y siguió escribiendo.

En 1930 conoció en el Irak a Max Mallowan, 13 años más joven que ella. Se casó en Inglaterra con el profesor de arqueología.

"Soy felicísima en mi matrimonio. Yo soy la fotógrafa de sus expediciones científicas, y él me ha dado magníficos datos para mis novelas. Este ha sido el secreto de mi felicidad conyugal: un intercambio continuo sin que ninguno trate de dominar al otro. Seis meses al año escribo y durante otros seis lo sigo a sus excavaciones.

"Siempre me encontrado la inspiración en el baño. Mi primer dinero fue para construir uno enorme y lujoso. En el agua cálida, perfumada con sales, comiendo miel y bebiendo té he soñado muchos crímenes. Pero hay otras maneras de inspirarse: la más sencilla es oír los periódicos y hacer trabajar la fantasía sobre la crónica policial. Es muy importante no olvidar este dato: ninguno es del todo inocente". —(ALA)—

Nueva York.